





# Mariano Latorre en el recuerdo

CHILE entero, en su naturaleza física y social, se sintió conmovido hasta en sus fibras más hondas cuando ya en un lejano 18 de noviembre de 1966, Mariano Latorre dijo adiós a su tierra bienamada, a esa retórica cantárica de los pájaros, al paisaje siempre así de nuestro mares... Si, Mariano Latorre, el que fuiste artillo indiscutido de nuestra poesía campesina, habías muerto plácidamente, como lo fue a lo largo de toda su vida, en esa delicada conjunción de hombre y poeta.

Como abanderado de la causa literaria, jamás supo abandonar de su doctrina. Por el contrario, su amor por el ejercicio de las letras lo llevó a erigirse en una de las estrellas más altas de nuestro parnaso literario, dejándonos, para honra de nuestras letras, el rico filón de su escrita criollista. De sus 70 años, él los dedicó a cantar, con profundo acento chileno, la poesía pajarita de nuestros campos, el parloteo desigual de nuestros pájaros, esa distante y serena belleza de nuestros mares... Viajero ilusionado de la vida, hacia de su errabuilla el mejor álbum para anotar, con la curiosidad de un niño, hasta los detalles más nimios de lo que ocurría ante sus ojos. No se conformaba con escuchar el acento doloso de nuestros árboles, cuando el viento les golpeaba en sus ramajes; iba hasta ellos en misión de amigo, y allí, junto a sus sombras veneradas, trataba de comprender sus súeras consejos.

Otras veces descendía hasta la hondonada de los valles, para conversar largamente con el canto de los ríos, con el lenguaje de los pájaros e insectos, hasta saciar su alma con ese mensaje múltiple que la naturaleza le entregaba, así tan mansamente...

Para él, la esencia o motivo central de las cosas, nunca fue otro que la naturaleza. Alrededor de ella siempre hizo girar el reducido número de sus personajes, los cuales aparecen así un tanto deshumanizados, como fuera de foco, ante la reciedumbre, esa amplitud de conceptos con que nuestro autor se avara, describiéndolos, por ejemplo, la belleza imperceptible de la araña que teje su tela solitaria, el susurrar del viento perdido en los cañaverales, la encendida hoguera donde el sol se nos muere cada tarde... Cada una de sus páginas son lecciones vivas de geografía poética, de ese mundo siempre en

florescencia de nuestra flora y fauna pintorescas. Podríamos decir que la obra total de Mariano Latorre, entre otras muchas de sus cualidades, acusa, también, un acentuado carácter didáctico. Frucha de ello es que no hay libro de lectura que no engalane sus páginas con un motivo escrito por nuestro autor. Conviene recordar que la obra de chilenidad sostenida por Mariano Latorre es quizás la que más abunda en nuestro espíritu nacional (recuérdese su magnífico cuento "Risquera vacuna"), porque nadie, como él, ha sabido lograr que la naturaleza física de la patria haya sido cantada con más cariño, devoción y sentido criollo-ta.

Si grande nos parece Latorre como poeta del paisaje chileno, no es menos interesante su figura en su dimensión humana. Había en él, conjugándose, en simbiosis perfecta, el vello de la

espiritualidad, con su ascendente don de gentes. Fue, sin duda, un maestro ideal de juventudes. En su naturaleza, siempre alegre, no sabía diferenciar ese trato que, en la calle o en el café, solía otorgar a sus amigos, con su paternal apostura de maestro, ante aquellos que fuimos sus alumnos. Sus clases en el viejo Pedagógico de la calle Cumming, no tuvieron jamás ese rigor de estirada propicia que hace tan temibles e impopulares a nuestros catedráticos. Por el contrario, él, por su espíritu animoso, dicharachero e impagable "cauzer", era un alumno más en el curso. ¡Cuántas veces, discutiendo, el sentido estético de sus obras, llegábamos a censurarlo acremente, pero él, lejos de ofenderse o montar en edera, imponiéndonos incluso el ascendiente de su ya reconocido prestigio, aceptaba nuestras críticas con el mismo entusiasmo del aprendiz que se sabe con alma de maestro! Su mayor aspiración, nos confesaba, era escribir, algún día, como el seráfico autor de "Noche Serena". Ahora, cuando ya han pasado algunos años de esas confesiones tan intimas, podemos decir, y para orgullo nuestro, que Mariano Latorre cumplió con su promesa, pues en la prosa de sus últimas obras como "Los siete paisajes de Chile", "El caracol", "La isla de los pájaros", etc., existe ese equilibrio de la forma, la rotundidad expresiva y, por sobre todo, una sinceridad de alma a toda prueba.

Miguel Ángel Díaz.

# **Mariano Latorre en el recuerdo [artículo] Miguel Angel Díaz.**

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Díaz, Miguel Angel, 1925-

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1970

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Mariano Latorre en el recuerdo [artículo] Miguel Angel Díaz.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)